

VIDA COTIDIANA E IMAGINARIO COLECTIVO EN LA ZARAGOZA ASEDIADA

PEDRO JESÚS PÉREZ SOLER

LICENCIADO EN ANTROPOLOGÍA

PROFESOR DE LA ESCUELA UNIVERSITARIA DE CIENCIAS DE LA SALUD DE HUESCA

INTRODUCCIÓN

Deseo iniciar esta exposición mencionando una frase con la que José Luis Corral da fin a su novela *Independencia*, y que creo refleja claramente la impresión producida por unos hechos ocurridos en Zaragoza entre mayo de 1808 y febrero de 1809, que desbordaron las fronteras aragonesas e incluso hispanas, provocando las más diversas reacciones en gentes de diversos países: *Héroes y mártires para unos, tercios e insensatos para otros, los defensores de Zaragoza no dejaron a nadie indiferente a su gesta. Su entrega y arrojo fueron presentados como ejemplo de lucha por la libertad y la independencia.*

No ha sido infrecuente, en especial por parte de algunos medios extranjeros, que nos haya sido ofrecida una imagen estereotipada sobre el asedio a Zaragoza y sobre sus defensores, en la que ni los hechos acaecidos ni sus protagonistas, salen en ocasiones muy bien parados. A los ojos de algunos de los que se han acercado a ellos, la gesta, aunque cargada de valor, adquiere los tintes de una especie de suicidio colectivo, ya que la enorme diferencia de fuerzas entre sitiados y sitiadores, y los altos conocimientos de táctica militar de los generales napoleónicos, invictos en sus campañas por Europa, hacían presagiar un final desolador. Otros apelan a la escasa formación militar de la mayoría de los zaragozanos, circunstancia que les situaba en clara inferioridad ante los sitiadores, e incluso llegan a criticar a los jefes de la guarnición, que sabedores de su clara desventaja, se obstinaron en mantener una defensa a todas luces inviable. Algunos más, sostienen que la rendición de la ciudad debió producirse en el momento en que fueron cortadas las vías de suministro de víveres y armamento, ya que prolongar la resistencia en tan adversas condiciones, sólo podía conducir a su destrucción...

El propio mariscal Lannes, general en jefe de las tropas francesas que contaba con una extensísima experiencia en combate, llegó a escribir *El asedio de Zaragoza es una guerra desesperada, inhumana y anti razonable*.

Todos coinciden, no obstante, en destacar el heroico comportamiento de estos abnegados ciudadanos, en el derroche de valor de todos y cada uno de ellos, en la violenta oposición al invasor, en la tenaz resistencia ante sus ataques y en el inmenso sacrificio realizado para expulsar de la ciudad a las fuerzas extranjeras.

Sin embargo, los habitantes de Zaragoza en aquellos cruciales días de 1808, no eran una cuadrilla de imprudentes sujetos a descabelladas insinuaciones tramadas por los clérigos, como se trató de afirmar especialmente desde las líneas francesas; se movían guiados por unas ideas y por unas convicciones que trataremos de vislumbrar en las siguientes páginas, pero en ningún momento su comportamiento rozó la incoherencia ni su audacia el desvarío. Sus reacciones se mantenían dentro de una lógica, poco comprensible para quienes no lleguen a conocer las claves de su funcionamiento.

Además, siempre mantuvieron el convencimiento de que la próxima llegada de refuerzos, resolvería su situación, como de hecho ocurrió en el primer sitio. Este convencimiento mantuvo alta la moral de los ciudadanos, les dio una motivación para luchar y mantuvo un valor coherente, que sólo ante el desamparo, el hambre y la enfermedad, se convirtió en desesperación.

Por esta causa, cuando a comienzos de 1809 la situación se endurecía y los refuerzos no llegaban, empezó a cundir el desánimo, aunque no decreció el tesón en el mantenimiento de las posiciones. Las epidemias y la escasez de recursos, completaron el desolador panorama que culminó con la capitulación ante unas circunstancias que hacían insostenible la resistencia, con su líder, el general Palafox afectado por las fiebres, al igual que numerosos oficiales y algunos de los más destacados defensores, con un ambiente insalubre, decenas de cadáveres descomponiéndose por las calles, falta de alimentos y armamento insuficiente sin apenas munición ni manos que lo manejaran.

No voy a profundizar en los hechos históricos, suficientemente documentados y seguramente mejor conocidos por muchos de los lectores que por mí, voy a adentrarme por el intrincado laberinto de símbolos, de significaciones modeladas por la cosmovisión de los habitantes de la ciudad, que en un momento determinado se constituyeron en las claves de un comportamiento incomprensido por muchos (entre los



Detalle de la esquina entre la calle Dr. Palomar y la calle del Pozo. Se ha conservado esta esquina para que las sucesivas generaciones puedan contemplar la virulencia de los combates que se libraron en esta zona, próxima al baluarte de Palafox, donde perdió la vida el coronel Sangenis y del convento de San Agustín.

que se encontraban los propios franceses), pero absolutamente coherente con el imaginario colectivo que compartían.

Debo aclarar que al referirme al «imaginario colectivo», me estoy moviendo en parámetros similares a los utilizados por Maffesoli cuando procede a la descripción de su manifestación macroscópica, que invo-

lucra pensamientos y sentimientos, que subjetiva percepciones y condensa emociones y que puede determinar, cuando las circunstancias lo propician, importantes movilizaciones de masas capaces de desembocar en revueltas e incluso revoluciones políticas o económicas.

Profundamente enraizado en la cultura, de la que numerosos autores lo consideran antecedente y/o fundamento, englobaría todo el conjunto de imágenes simbólicas y representaciones míticas de una sociedad, invistiendo la realidad de significaciones múltiples, compartidas por el grupo, al que sirven de orientación ética, de guía para su comportamiento y de motor para el cambio sociocultural.

Este imaginario, construido a lo largo de toda la existencia de un pueblo, contiene todas las vivencias consideradas relevantes y las ensambla con las leyendas y tradiciones que le han ido dando forma, refleja la cosmovisión del grupo y modela la conducta individual y/o grupal, determinando, según su afinidad u oposición con él, quiénes son dignos o no de dirigirlo, a quiénes se debe honrar o a quiénes se debe castigar (la peor forma de castigo en la sociedad griega era el ostracismo, ignorar al afectado que perdía así su condición y sus derechos de ciudadano).

Indagar en el ideario colectivo de un pueblo nos remonta a los oscuros tiempos de la fundación, a épocas míticas en las que las leyendas nos hablan de gigantes y seres extraordinarios que poblaban el actual territorio y de héroes que en desigual batalla, lograban derrotarlos para imponer su idea de civilización. Es reencontrarse con los «padres» del pueblo, oír sus enseñanzas y respetar sus tabúes, descubrir el cordón umbilical que une el pasado con el presente y que nutre las representaciones colectivas sobre qué somos, de dónde venimos y a dónde vamos. Es hallar el sentido de lo que hacemos y de lo que compartimos, de lo que nos une y de lo que nos separa, quizá de lo que fue, de lo que es y de lo que será...

Posiblemente los ejemplos más floridos que pueden ilustrarnos sobre la realidad del imaginario colectivo, sean localizables precisamente entre los pueblos que mejor han cultivado su mitología, por ello, cuanto más antigua sea una civilización y más abundante su tradición oral, más ricas serán sus representaciones. Entre las que yo destacaría, por más conocidas y divulgadas, aparte de por su coherencia interna, se encuentran la mitología egipcia, la inca, la azteca, la maya, la hindú fuertemente entroncada con la religión o las de los indios de las praderas norteamericanas, como los Crow o los Iroqueses. En Europa la celta, la griega y la romana, aunque frecuentemente desvirtuadas por interpretaciones más o menos afortunadas, formarían el núcleo mejor conocido

(excluyo conscientemente Asiria y Babilonia por las lagunas que presentan para su comprensión y porque no podemos considerarlas antecedentes de ninguno de los sistemas de creencias actuales).

Todas ellas tratan de explicar el origen del pueblo, cómo éste, surgido del caos en unos casos o de las profundidades de la tierra en otros, se halla perdido y desorientado en un medio extraño; allí, en medio del desorden, solo y atribulado, encuentra a sus dioses que le ofrecen un lugar donde vivir, apoyo y protección a cambio de la fidelidad y la adoración de sus miembros; le dotan de unas normas comunes de convivencia y se muestran como árbitros en las desavenencias entre los humanos, premiando y castigando a quienes se hacen merecedores de ello. Muchas mitologías comprenden también a una serie de seres malvados cuya misión es acabar con el género humano o apartarlo de la divinidad, aunque entre los oprimidos surgen héroes que se enfrentan a ellos y, o bien mediante hazañas extraordinarias o con el apoyo de los dioses o de sus mensajeros, consiguen derrotarlos liberando así al pueblo o al menos, manteniendo alejados a quienes querían perjudicarlo.

Estos héroes marcarán un camino al pueblo llano, mostrándoles que con valentía y sacrificio se puede lograr vencer a fuerzas muy superiores, incluso sobrenaturales; que la naturaleza humana ocupa un lugar más elevado que el nivel inicialmente asignado por los dioses y que además, es posible superar ese listón cuando, despegándose del ámbito material y de todas las tentaciones mundanas, se fija una meta anclada en nobles ideales. Estos hechos les acarrearán el reconocimiento y el respeto de los dioses y hasta en ocasiones, llegar a participar de la divinidad transformándose en semidioses.

En efecto, los líderes mitológicos se encuentran por encima de las bajezas humanas no compartiendo con sus congéneres ninguno de sus vicios y brillando además por sus virtudes, especialmente por la prudencia, que según los filósofos griegos era la principal de todas ellas. No pueden considerarse imprudentes acciones como las de Jasón o la de Ulises, ya que el fin justificaba ampliamente los esfuerzos y las fatigas en las que conscientemente y asumiendo su coste, se iban a embarcar. Precisamente estas narraciones resaltan que es el desprecio de la propia vida y de las fatigas y privaciones a las que han de enfrentarse, las que les catapultan al mundo del mito, que el deseo de un ideal superior, justifica el abandono de tierras y familias y que el bien común está muy por encima del bien individual, de la propia comodidad y de los propios intereses. La finalidad de estos relatos es didáctica, servir de ejemplo a la población sobre los arquetipos a los que debe aspirar cualquier integrante de ese grupo y mostrarles qué es lo que espera de ellos la comunidad.



Monumento a los Mártires de la Religión y de la Patria. Se encuentra ubicado en pleno centro de la Plaza de España. La cruz que corona el monumento es un recuerdo a la Cruz del Coso, que ocupaba este lugar antes de la guerra de la Independencia y que fue destruida en los combates; bajo la cruz, un ángel sostiene a un combatiente herido en clara referencia a que su hazaña ha logrado reconocimiento divino, simbolizado por la presencia del ángel.

Sobre estos modelos se han construido numerosas leyendas populares, el ciudadano normal, por efecto de su arrojo y valentía, abandona el lugar al que estaba predestinado y alcanza la gloria en forma de reconocimiento de la sociedad; a partir de ese momento, tiene garantizada la pervivencia entre las posteriores generaciones, pues su historia, el relato de su hazaña, pasará de boca en boca, mientras las adiciones que

inevitablemente se irán realizando, magnificarán todavía más la hazaña transformándola en mítica.

DESARROLLO TEÓRICO

En Zaragoza, las bases que sustentan ese ideario compartido, se remontan a los tiempos de la dominación romana; no existen pruebas fiables de que épocas anteriores hubiesen ejercido notables influencias sobre la sociedad ni que leyendas prerromanas hubiesen alcanzado un alto grado de difusión entre el pueblo, de hecho, ninguna de ellas ha llegado hasta nosotros ni reflejada en dichos populares ni transcrita por ninguno de los cronistas de la época (el bilbilitano Marcial reflejó en algunas de sus obras las costumbres y leyendas de la época, pero en ellas no aparecen hechos míticos previos a la conquista romana).

Roma transmitió innumerables legados a Caesaraugusta, desde las redes de saneamiento hasta la organización jurídica, desde los juegos y diversiones a la rica mitología romana, en gran parte heredada de la griega, en la que cada actividad humana está regida por un dios, y todos ellos gobernados por Júpiter, figura que recuerda la de Zeus incluso en su iconografía.

La vida mística de los cesaraugustanos quedaba centrada pues por estas deidades, a las que recurrían en sus vicisitudes visitando sus templos y realizando las oportunas ofrendas; no abundan los vestigios de antiguos lugares de culto romanos que hoy podamos contemplar, ni hay constancia de que esta religiosidad impuesta por el imperio, tuviese una ferviente acogida a las orillas del Ebro; lo cierto es que las prácticas traídas por los romanos no perduraron durante largo tiempo, llegando prácticamente a desaparecer cuando el emperador Teodosio, hacia el año 380, convirtió el cristianismo en religión oficial del imperio, aunque también hay que decir que desde el 313, sus practicantes gozaron de una cierta permisividad para poder reunirse y celebrar las actividades prescritas por su religión.

El derecho romano, sin embargo, dejó una honda huella en el pueblo hispano, transformándose en un importante referente e influyendo de forma decisiva en la elaboración de las compilaciones de leyes que luego dieron lugar a las diferentes legislaciones adoptadas por cada uno de los reinos peninsulares. En Aragón se admite el corpus básico, pero las sucesivas Cortes van modificando importantes aspectos del mismo, especialmente en aspectos relativos a la herencia, la propiedad, la familia, los contratos públicos o privados, etc., cada una de estas modifi-

caciones elaboradas por las Cortes y aceptadas posteriormente por el rey, recibe el nombre de fuero, llegándose a promulgar gran número de ellos, unos relativos a determinados núcleos de población, otros a comarcas más extensas, otros a determinados colectivos, como la nobleza o el clero, que veían así modificada su relación con las leyes comunes, significando para ellos el fuero un tipo de beneficio que les eximía del cumplimiento de algunos preceptos vigentes para el resto de los ciudadanos; tanta dispersión complica mucho su conocimiento e incluso su aplicación, por lo que se considera seriamente elaborar una relación de los mismos.

La primera recopilación la encontramos en el Fuero de Jaca y el derecho aragonés se denominó derecho foral por encontrarse muchas de sus disposiciones sujetas a fuero. Este régimen jurídico, el fuero como elemento diferenciador de la legislación aragonesa, es uno de los símbolos que alientan el ideario aragonés. Perdidos los fueros en tiempos de Felipe II, se suspira por su restauración y todos anhelan volver a contemplar la figura del Justicia, que aunque desconocida para la mayoría, forma ya parte de las leyendas y tradiciones que todos han aprendido desde niños. El fuero y el justiciazgo son pues señas de identidad de los aragoneses, elementos propios y ancestrales expoliados por el poder central.

Hasta tal punto se ansía la recuperación de las antiguas estructuras que, una vez depuesto el general Guillelmi de la Capitanía Militar de Zaragoza, Palafox, en un acto lleno de significado, convoca las Cortes según las antiguas estructuras, con representación de la nobleza, el clero y el concejo que actúa como la voz del pueblo, este hecho es muy bien valorado por la población y junto con el reconocimiento expresado por los líderes de la revolución, provoca la adhesión incondicional de la mayoría de los zaragozanos, que le proclaman como su dirigente; para muchos de los que le aclaman, él ha sido capaz de devolver a Zaragoza y por extensión a todo Aragón, la base de su poder legislativo; solo queda esperar la recuperación del esplendor perdido.

De la época romana procede una antigua tradición, que sitúa en el año 40 de nuestra era la venida de la Virgen, que se apareció al apóstol Santiago a orillas del Ebro, cuando aún residía en Palestina, y cuyos primeros testimonios escritos se remontan al siglo XIII siendo atribuidos a San Gregorio Magno. Fruto de esta visita fue la construcción en Zaragoza del primer templo mariano de la cristiandad, adelantándose en casi cuatrocientos años al concilio de Éfeso, que confirmó a María como *Théotokos*, es decir, como Madre de Dios, abriendo la posibilidad de rendirle culto con arreglo a esta figura.

La intransigencia romana con este nuevo movimiento religioso llevó a la muerte a los primeros convertidos, que fueron sometidos a crueles tormentos al negarse a abjurar de su fe, determinando con su comportamiento heroico que su ejemplo arrastrase a otros muchos a la nueva religión, que rápidamente comenzó a extenderse por la ciudad entre gentes que hasta entonces la habían recibido con escepticismo y apatía. Ante la violencia de los romanos, los cesaraugustanos oponen su tenacidad; dispuestos a no renunciar al cristianismo, se enfrentan a los verdugos con las manos vacías, sin más armas que su fe y el convencimiento de encontrarse en el camino correcto, del que nada ni nadie podrá apartarles. También ellos fueron incomprendidos en su época, también se les tuvo por locos por entregar la vida a cambio de un ideal...

Considerando que la muerte en olor de santidad les otorgaba una conexión directa con el Salvador, el lugar del martirio era considerado por los primeros cristianos como punto de contacto con la divinidad, por lo que sobre él, levantaron templos en los que experimentar la proximidad de la Gloria Celestial. Cargados de un rico simbolismo, su ubicación, su orientación respecto a los ejes del espacio, la decoración e incluso el ambiente que invita al recogimiento, son capaces de provocar en los creyentes sensaciones dotadas de una profunda emotividad.

Con frecuencia, restos físicos del mártir o de algunas de sus pertenencias son conservados y expuestos a la veneración del público, creándose un conflicto entre creyentes y la jerarquía eclesiástica, ya que éstos realizan prácticas más cercanas a la magia que a la fe defendida por los Padres de la Iglesia; como en pleno siglo XIX expondría Frazer al estudiar la magia y la religión en su libro *La Rama Dorada*, era costumbre frecuente entre algunas de las tribus primitivas que estudió, hacer uso de lo que denominó «magia contaminante», es decir, creer que un objeto que hubiese estado en contacto con otro considerado sagrado, adquiriría sus propiedades mágicas y seguiría ejerciéndolas aun cuando se encontrase alejado de él. Aquellos antiguos cristianos trataban de tocar las reliquias con prendas u objetos, que a su vez creían que se transformaban también en sagrados. Lejos de considerar al mártir como un ejemplo a seguir, es convertido en un tótem proveedor de gracias y beneficios pretendidos sin esfuerzo, solo por la generosidad del santo. Contra estas actitudes se lucha denodadamente, pero no se logra erradicarlas por completo, pudiéndose contemplar, incluso en tiempos actuales, personas que siguen practicándolas.

Tras el paréntesis impuesto por la dominación musulmana, durante la cual no estuvo abolido el culto cristiano, aunque tampoco se permitió la construcción de nuevos templos, la Edad Media aporta fuertes sen-

timientos de religiosidad fomentados y mantenidos por el clero, su celo llega frecuentemente a niveles que rayan lo obsesivo por la casi permanente ingerencia en la vida privada de las familias, con un profundo control de las prácticas religiosas (ayunos, fiestas de guardar, confesión y comunión pascual), que son recogidos en los libros parroquiales y revisados por la autoridad eclesiástica, la cual podía imponer fuertes sanciones por su incumplimiento.

El poder de la Iglesia abarca lo espiritual, ya que sólo ella posee la llave del perdón, pero también lo material; el patrimonio eclesial comprende la mayor parte de las tierras de regadío del término municipal, casi dos tercios de los edificios destinados al alquiler (de los que se obtenían sustanciosas rentas) y además, tanto las parroquias como los monasterios, realizaban préstamos que se encargaban de ejecutar, con sus correspondientes intereses, o en caso de insolvencia del adjudicatario del crédito, con el embargo de sus posesiones; por este motivo, su ya importante patrimonio, no cesaba de crecer.

Aparte de los bienes eclesiásticos, en Zaragoza la riqueza está en manos de algunos terratenientes, especialmente los que tienen sus campos en zona de regadío, de los nobles (que generalmente son también poseedores de extensas tierras) y de algunos especuladores de aceite o de grano, que obtenían cuantiosos beneficios acumulando producto en las épocas de mayor abundancia y vendiéndolo después a altos precios cuando escaseaba.

El resto de la población activa son trabajadores manuales, artesanos, peones y jornaleros, generalmente mal pagados, que pasan muchos apuros para atender sus más primarias necesidades.

Los movimientos ilustrados que recorren Europa, escasamente han llegado a las capas más privilegiadas de la sociedad, que son los únicos capaces de leer las obras de Voltaire, Rousseau o Hume, cuyos libros difícilmente consiguen atravesar las fronteras por el celo que se pone en su control. La inmensa mayoría de la población es analfabeta y los mensajes de estos destacados escritores extranjeros, son a duras penas comprensibles para los pocos capaces de leerlos, ya que no están traducidos y si pocos son los que saben leer, menos aún son los que dominan otros idiomas.

Desenvolviéndose la sociedad española en ambientes fuertemente controlados por la iglesia y por los gobiernos absolutistas, las ideas que recorren centroeuropa tienen difícil asiento en nuestro país, donde se les ve excesivamente ligadas a la reforma luterana, este motivo especialmente, constituyó un sólido pretexto para que fuesen repudiadas por

opuestas a la religión católica, única admitida en el país. Tampoco las ideas igualitarias emanadas de la revolución francesa, encuentran acomodo en una sociedad que hace bandera de la desigualdad, que considera intocable a la nobleza y al clero y que somete a duros impuestos a las clases menos favorecidas para mantener el estatus de la élite dominante.

Resulta curioso (pero no único a lo largo de nuestra historia), el rechazo de los libros sin haberlos siquiera leído, la reprobación de las ideas sin haberlas debatido o lo que es peor, la obediencia ciega a las jerarquías que piensan por el pueblo y dicen obrar «por su bien», aunque sean ellos precisamente los únicos que obtienen beneficio de la situación.

El clero teme las ideas liberales que pueden poner en peligro su hegemonía y las ataca con saña siempre que se presenta una ocasión propicia; sin embargo algunos altos cargos eclesiales, con una mayor formación humanística, sienten una cierta inclinación hacia esta corriente innovadora, lo que frecuentemente les acarreó serios problemas con sus superiores y severas objeciones de sus subordinados, incluso el pueblo llano les tacha de «afrancesados» y algunos tienen que huir de sus diócesis o de sus lugares de residencia para evitar ser apresados o asesinados por las turbas exaltadas.

No es pues de extrañar que numerosos clérigos zaragozanos se implicasen directamente en la guerra contra el invasor, no solamente con la palabra, sino empuñando ellos mismos las armas o formando grupos de guerrilleros con los que acudían a los lugares donde más encarnizados eran los combates. Para ellos, más que frenar una invasión de la Patria, se estaba liberando una auténtica Cruzada, en la que los enemigos de la religión habían de ser derrotados para que España siguiese manteniéndose católica.

Aragón ha tenido secularmente una especial predilección por la Virgen, que ha sido elegida como patrona de numerosos pueblos, en cuyo honor celebran sus festividades; el carmelita Roque Alberto Faci recoge en su más célebre libro, *Aragón, Reyno de Christo y Dote de María SSMA*, publicado en 1739, toda esta devoción popular, relatando las diferentes advocaciones con que se la festeja, así como los lugares de culto dedicados a Ella, ya sean parroquias, catedrales, colegiatas o ermitas. Poco tiempo antes había escrito otro, que aunque alcanzó mucha menor popularidad, no reviste menor importancia para el presente estudio, se trata de *Memoria de la aparición de Nuestra Señora de Zaragoza la Vieja*, en el que narra y comenta el episodio de la venida de la Virgen.

Desde la construcción del templo dedicado a la Virgen del Pilar, son muchos los zaragozanos devotos que lo frecuentan y contribuyen a su realce con ofrendas y donativos, en clara competencia con la catedral del Salvador, con La Seo, consagrada como tal en 1119, poco después de la toma de la ciudad por Alfonso el Batallador; sin embargo, el asedio a la ciudad despierta en la población una forma de fervor enardecido, desconocido hasta ese momento, como comentaremos más adelante. Posiblemente el simbolismo de la columna como lugar de apoyo, como punto fuerte en el que sustentarse, tuvo algo que ver con esta predilección, pero la confirmación de la Santa Patrona estuvo más relacionada con hechos tenidos por milagrosos, como mantenerse indemne tras soportar duros bombardeos, alcanzando su cenit tras el primer sitio, ya que en su interior tuvieron lugar todas las celebraciones, acción de gracias e incluso los funerales oficiales por los fallecidos, oficiados por el escolapio Basilio Boggiero, también héroe de los sitios, preceptor de Palafox en su juventud y consejero del general durante el asedio francés.

Algunos de los cronistas (entre ellos Casamayor), comentan un hecho tenido por extraordinario, que ocurrió pocos días antes del primer Sitio y fue recogido en el *Libro de Crónicas o Lucero* de los Padres Escolapios; al parecer, sobre el templo de El Pilar, apareció en el cielo hacia el medio día del 17 de mayo *una nube extraordinaria que formó la figura de una palma hermosísima y la conservó largo rato hasta que poco a poco se desvaneció*. Es posible que se tratase de unos cirros (nubes que adoptan el aspecto como de jirones) y que su forma se asemejase a una palma, pero fue interpretada por quienes la vieron como un presagio, bueno para unos, pues simbolizaba según ellos la protección que la Virgen iba a derramar sobre Zaragoza, mientras para otros representaba la palma del martirio a que iba a ser sometida la ciudad.

Estos hechos, junto a otros que se sucedieron a lo largo de los dos asedios, inclinan favorablemente a la población hacia el Pilar, zanjando así una larguísima polémica mantenida con el templo de La Seo sobre la preeminencia de uno u otro entre la sociedad zaragozana, que llevó a ambos cabildos a sonados enfrentamientos en tiempos pasados.

El «Padre Ebro» ha representado para Zaragoza mucho más que una simple corriente de agua que rozaba el lienzo norte de sus murallas; ha sido «padre nutricio», tanto por la pesca que de él podía obtenerse, como por el riego que proporcionaba a las huertas que lo flanqueaban. El río ha sido también vía de comunicación, recientemente interrumpida con la construcción de embalses, proveedor de agua de boca (no olvidemos que el Canal Imperial tiene su inicio en el Ebro) y en los inicios

del siglo XIX, también era considerado como frontera, especialmente cuando se produjeron los primeros movimientos de aproximación de las tropas francesas. El puente de Piedra era el único que permitía el acceso a la ciudad desde el Norte, por lo que se consideraba que manteniendo el control del mismo, se lograría frenar a las tropas napoleónicas; para ello eran considerados fundamentales el convento de San Lázaro y la Puerta del Ángel, que se fortificó y dotó con una batería de artillería.

La convicción de que los invasores no pasarían el río, se rompió cuando llegó la noticia de que lo habían atravesado por Tudela. El «río-frontera» no había funcionado, aunque lo hizo con posterioridad, cuando estabilizado el frente, ambos contendientes quedaron frente a frente, unos en Zaragoza, otros en Juslibol. No obstante, tampoco representó un obstáculo de importancia para los zapadores del general Verdier, pues ya avanzado el segundo sitio, improvisaron un puente de pontones a la altura del meandro de Ranillas y lograron avanzar por él, aunque fueron rechazados por los defensores de la ciudad. El grito que corrió por todas partes se transformó en uno de los símbolos de la resistencia «¡El Ebro es nuestro!».

El mejor conocimiento de sus riberas por parte de los zaragozanos, permitió, al menos durante el primer sitio, que el cobijo que ofrecía la vegetación y la posibilidad de deslizarse por sus aguas sin apenas hacer ruido, fuesen ampliamente utilizados, tanto para dar hábiles golpes de mano entre las líneas de los sitiadores, como para aprovisionar a los sitiados aprovechando la escasa visibilidad nocturna. Fruto de la habilidad y el arrojo de los barqueros, se artillaron algunas barcas con cañones ligeros que produjeron importantes daños en las defensas francesas, así como un número indeterminado de bajas entre sus filas. Las evoluciones de estas barcas eran contempladas por los combatientes desde las murallas y sus éxitos jaleados, aumentando con ello la moral de los sitiados, que a pesar de su inferioridad, se veían capaces de llegar hasta el campamento enemigo y sorprenderle con rápidos e imprevistos ataques.

Tres conceptos compendiaban el mundo interior del aragonés de comienzos del siglo XIX, tres ideales por los que era preciso luchar e incluso morir si llegaba el caso, los tres profundamente enraizados en las tradiciones, asumidos durante la etapa de enculturación y grabados a fuego en las mentes y en las conciencias, se trataba de Dios, Patria y Rey. De los tres se esperaba todo, protección, cobijo, justicia... hasta el punto de estar convencidos de que nada más existía fuera de ellos. La impiedad, el paganismo o la anarquía eran duramente rechazados y a ello contribuían desde sus púlpitos los religiosos que dirigían la vida es-

piritual de los ciudadanos. En sus mentes estaba meridianamente claro que en el exterior no había nada, que apartarse de estos tres principios básicos solamente podía conducir al caos y a la destrucción de la persona, de la familia y de la sociedad, por lo que era preciso cualquier sacrificio para mantenerlos.

Es posible que individualmente, bastantes zaragozanos no estuviesen totalmente de acuerdo con algunas de estas proposiciones, de hecho, las sucesivas subidas de impuestos de fechas anteriores y el encarecimiento de alimentos básicos en la dieta de la época, como el aceite, el pan y el vino, habían encendido los ánimos, provocando airadas protestas e incluso tumultos callejeros en las proximidades del Mercado, aunque su furia había sido sublimada en la persona de Godoy, especie de chivo expiatorio sobre el que se cargaban las culpas de su soberano, que así mantenía limpia su imagen (aunque en realidad ninguno de los dos tenían excusa posible en su desordenado comportamiento).

Se confía en la protección sobrenatural (Dios no puede permitir que tropas paganas se apoderen del templo de su Madre) y del mismo modo que los israelitas habían sido ayudados por Jehová frente a sus enemigos, se esperaba una intervención sobrenatural, más o menos encubierta, pero efectiva para lograr los fines propuestos.

En aquellos primeros días de mayo de 1808, la imagen de la Virgen del Pilar, adquiere un cariz unificador, es de algún modo como la bandera bajo la que se acogen grupos de personas sin apenas afinidades, a veces con intereses contrapuestos, pero que están dispuestos a defenderla incluso con su vida; a propuesta de Palafox (seguramente aconsejado por Boggiero), se elaboran estandartes de tela blanca sobre los que se coloca una representación de la Virgen y son llevados solemnemente por la ciudad, tanto para celebrar las victorias sobre el enemigo, como para enardecer a los combatientes cuando la situación se convierte en desesperada. Los bandos que promulga suelen hacer referencia a Ella y con frecuencia terminan solicitando su ayuda.

Guillelmi, capitán general de Aragón, es considerado por la multitud como el representante de Godoy, por tanto, enemigo del pueblo. Su negativa inicial a entregar las armas guardadas en la Aljafería, (aunque parece ser que después cesó en su oposición), aumenta la irritación de las masas que le apartan de su puesto y le encierran en dicho acuartelamiento (mal menor, pues llegó a estar en serio riesgo su vida).

Un primer objetivo del levantamiento es oponerse a la imposición desde fuera y defender la religión y la monarquía. El pueblo sustenta una idea monotemática «hay que expulsar al invasor francés».

La obcecación por recuperar al rey Fernando VII adquiere tintes obsesivos, se le llega a llamar «el deseado» y es tal la idealización de su figura que se llegan a olvidar episodios bochornosos como el motín que protagonizó en el Escorial, mediante el que pretendía destronar a su padre Carlos IV, y que desbaratado éste, cuando compareció ante su progenitor, no tuvo ningún reparo en entregar a sus colaboradores y pedir perdón públicamente, o la deshonrosa renuncia a la corona firmada en Bayona por padre e hijo en favor de Napoleón, a quien el propio príncipe había solicitado ayuda para afianzarse en el trono e incluso había suplicado su intercesión para casarse con una sobrina del emperador francés en una carta llena de elogios a Napoleón y a su resolución para controlar Europa.

Así pues, existen tres claves en el alzamiento, la vergonzosa abdicación de los reyes de España a favor de Napoleón, que el pueblo interpreta que no ha tenido lugar voluntariamente, la retención de la familia real en Bayona, que se supone forzada, y la actitud de las tropas del mariscal Murat, que ante las manifestaciones del pueblo de Madrid, el día 2 de mayo actúan con una violencia desproporcionada, cargando contra personas indefensas que se habían concentrado frente al Palacio Real y produciendo numerosos muertos. Precisamente la reacción del pueblo de Madrid, lanzándose a la calle a castigar el asesinato de tantos inocentes, fue el detonante que inició la revuelta en el resto del país.

Un hecho resulta difícilmente comprensible en toda esta sucesión de despropósitos; los franceses han sido aliados de los españoles contra los ingleses y pocos años antes, en 1805, derrotados por éstos en la batalla de Trafalgar. En 1808, cambian las tornas y ahora son los ingleses los aliados de los españoles contra los franceses, el enemigo se transforma en amigo y el amigo en enemigo, aunque la realidad es que las intenciones de unos y otros están poco claras; tras la apariencia de colaboración, se esconden en ambos casos propósitos inconfesables y España se convierte en campo de batalla, mientras sus palacios devienen en focos de intriga, entre cuyos fines no siempre se encuentra precisamente el bienestar de la patria. Siendo la hegemonía europea lo que se dilucidaba entre franceses e ingleses, España es solamente un aliado de conveniencia, a veces incluso molesto, pero necesario para controlar el sur de Europa y el norte de África.

Los efímeros acuerdos con unos y otros terminan cuando la parte presuntamente perjudicada lanza una contraofensiva diplomática, los altos mandatarios dudan y esa inseguridad es detectada por los contrincantes que frecuentemente se aprovechan de ella imponiendo tratados y alianzas casi siempre desventajosos para nuestro país.

El caso de Aragón, y más concretamente los hechos que se desarrollaron en Zaragoza, precisan de un estudio complementario en el que no podemos olvidar una serie de factores propios de su idiosincrasia que indudablemente han tenido su importancia en el posterior desarrollo de los acontecimientos; iremos poco a poco desgranando algunos de ellos, sin intención de ser exhaustivo ni de abarcar la totalidad de los mismos.

Desde su constitución como reino, una preocupación constante de quienes han regido sus destinos, ha sido la preservación indivisa del patrimonio. La herencia ha correspondido siempre al primogénito (o a quien correspondiese en su caso), pero se ha transmitido íntegra, de ahí la importancia que siempre se ha concedido a la propiedad, ya que constituía un privilegio que era preciso conservar aun con la fuerza de las armas si era preciso. Tierra y propiedad se encuentran indisolublemente unidas y la pérdida de cualquiera de ellas o de ambas juntas, es la peor afrenta a la que puede enfrentarse un aragonés, hasta el punto de que un hecho tal, solamente le va a acarrear el desprecio de su familia y convecinos, no quedándole otra salida digna que el extrañamiento, la huída vergonzosa a un lugar donde no fuese conocido, desde el que comenzar una nueva vida.

La invasión francesa, pone en peligro las posesiones de los ciudadanos, la ruptura de las líneas de transmisión hereditaria y la explotación de la tierra o de la industria familiar. La experiencia acumulada en casos en que las tropas imperiales han tomado por la fuerza otras poblaciones, pone de relieve que sus dirigentes desprecian los títulos de propiedad, expulsando de sus domicilios a sus habitantes, arrasando campos o cosechas y apropiándose de bienes y pertenencias según su capricho, pasando por las armas a cualquiera que se opusiere a ello.

En los primeros momentos, el celo por mantener e incluso incrementar en lo posible las riquezas, da lugar a diversas situaciones aisladas de insolidaridad, produciéndose algunos movimientos especulativos por parte de quienes poseían los bienes (alimentos, armas, telas, perrechos, etc.), aunque conforme la situación se va haciendo cada vez más desesperada, acaban por abrir sus almacenes para que la población pueda aprovisionarse. Cuando las arcas del consistorio quedan vacías o son expoliadas por los franceses en uno de sus avances por los alrededores del Coso, es preciso confiar en el crédito. Los productos no pueden ser pagados porque no hay dinero, pero no se puede prescindir de ellos porque significa la renuncia a la defensa de la ciudad. Muchos de ellos no llegaron a ejecutarse nunca pues o bien fallecieron sus beneficiarios o se perdieron los pagarés en el fragor de las batallas. Durante

la dominación francesa, el gobierno impuesto no asumió los gastos de la contienda y posteriormente, con el regreso de Fernando VII, tampoco fueron reconocidos la mayoría de ellos, sufriendose incluso nuevas expropiaciones que fueron justificadas como «necesidades de la Patria».

El carácter individualista del aragonés origina no pocos problemas, especialmente en los inicios de la contienda. Los mismos deseos de independencia que profesa el montañés en su casa y sus prados, se mantienen latentes en el entorno ciudadano; así como el «amo» reina en su casa de labranza y es dueño absoluto de su tiempo y de sus decisiones, cada zaragozano es un «amo» en potencia que no se doblega a las órdenes militares ni a la disciplina cuartelaria. No eran infrecuentes los casos de insubordinación o la organización anárquica de los grupos de fusileros, que acudían al lugar donde les dictaba su propio criterio, en vez de al que les indicaban los oficiales a cargo de la defensa. Palafox insistió reiteradamente en la necesidad de seguir las instrucciones de los jefes militares, llegando a amenazar con la prisión y hasta el fusilamiento a quienes las contraviniesen.

Las victorias obtenidas sobre los franceses, especialmente en el primer sitio, generaron una excesiva confianza en las propias fuerzas por parte del pueblo, que llega en algunos momentos a creer que el apoyo espiritual (del que están convencidos gozar), les hace poco menos que invencibles, infravalorando la capacidad del enemigo y despreciando la posibilidad de una derrota. Cuando a lo largo del segundo Sitio la situación se va tornando adversa, las gentes sospechan haber sido abandonadas por la divinidad y surgen fuertes sentimientos religiosos que se reflejan en la mayor presencia en el templo, las preces desgarradas y el tono amargo de la correspondencia y de las notas que escriben (ver los diarios de Casamayor o de Alcaide Ibieca). Los mandos militares hubieron de luchar contra estos altibajos en el ánimo que hacían mella en la moral de los defensores y tuvieron que esforzarse en mantener la tensión necesaria para proseguir con las labores defensivas.

De estas diversas situaciones, surgían diferentes enfoques que distorsionaban la realidad; por una parte, los militares basaban sus actuaciones en los manuales de guerra que habían manejado en sus estudios y en base a ellos, organizaban las fortificaciones y la resistencia; la estrategia militar era fundamental, sobre todo cuando se enfrentaban a un ejército bien disciplinado, con experiencia en combate, pertrechado y aprovisionado, que contaba con posiciones clave para mantener el sitio indefinidamente. La población civil, sin embargo, se movía a impulsos, con imprevisión y de forma impetuosa, factores que ejercen poca ventaja en una lucha tan desigual, aunque también es preciso decir que con



Alegoría del león y el águila, ocupando la parte posterior del monumento de la Plaza del Portillo, trata de simbolizar al león, representante de la ciudad de Zaragoza, atacando al águila representativa de los franceses. La actitud del león es victoriosa, mientras el águila permanece sujeta por la pata delantera derecha del felino e incapaz de defenderse.

el tiempo se mostró como una estrategia adecuada en la lucha calle por calle, edificio por edificio, que hubo de desarrollarse en las fases finales del asedio, ya que esta forma de combatir no se halla explicada en los manuales y depende más de la improvisación y del arrojo que de la mera táctica, en esto eran verdaderos expertos los sitiados, que utilizaban bodegas y pasadizos para avanzar de un edificio a otro, sorpren-

diendo a grupos de soldados, que frecuentemente quedaban aislados en una habitación al tratar de inspeccionarla, mientras el grueso de las tropas avanzaba por las calles.

También los oficiales franceses pecaron de exceso de confianza en el primer sitio, ya que a la vista de la ciudad y de sus frágiles murallas, pensaron que con una ligera preparación artillera para destruir los baluartes y abrir brecha en el muro, iba a resultar suficiente, lanzando sus columnas a una trampa sin salida. Las calles de Zaragoza en la época que estamos analizando, con excepción del Coso y el Mercado, constituían un laberinto intrincado en el que los carros y la caballería podían quedar fácilmente atascados, una simple barricada levantada con muebles y cascotes, podía bloquear un avance, mientras que los defensores podían hostigarles desde ventanas y tejados arrojándoles piedras, agua hirviendo o disparando ocultos desde cualquier hueco. De este modo fue frenada por las mujeres una columna de caballería polaca en la plaza del Portillo, a la que había llegado tras superar la puerta de Santa Engracia avanzando al galope para evitar los ataques de la infantería.

El segundo sitio fue planteado de muy diferente manera, se eludió en lo posible el contacto directo, se reforzó el bloqueo impidiendo el paso de armas y suministros, se atrincheró todo el perímetro de la urbe, se colocó más artillería y se bombardeó sistemáticamente cualquier posible foco de resistencia, con atención especial a los precarios baluartes, a las puertas y a los conventos situados junto a las murallas, desde los que los defensores batían el campo en una extensión considerable. La destrucción del Hospital Provincial fue clave, pues obligó a dispersar a los heridos por casas particulares o por edificios oficiales, dificultando su atención y disminuyendo las condiciones higiénicas, perdiéndose además medicamentos, camas e instrumental sanitario que quedaron sepultados bajo las ruinas del edificio. Los cadáveres descomponiéndose en plena calle, las ratas y sobre todo los piojos, vectores de la *Rickettsia Prowazeki*, fueron causantes del tifus exantemático que en forma de epidemia diezmo la población, colocando a los defensores en una situación crítica; no fueron derrotados por las armas sino por la enfermedad.

Un aspecto positivo en la contienda fue la fuerte revalorización de la mujer; en sus manos estuvieron los suministros de víveres y municiones desde la retaguardia a la primera línea, atravesando zonas batidas por la artillería enemiga, con evidente riesgo para sus vidas; fueron capaces de mantener la moral de la población en los momentos difíciles, tanto con su palabra como con su ejemplo. Su heroísmo no tuvo nada que envidiar al de los combatientes masculinos, resultando crucial su inter-

vención en diversas ocasiones para cerrar brechas abiertas por la artillería, como en el caso de Agustina de Aragón o en el de María Agustín, que siguió suministrando alimentos y municiones a los defensores de primera línea a pesar de haber sido gravemente herida; plantando batalla en las barricadas, ventanas o tejados, como cuando la caballería polaca, tras desbordar las defensas de la puerta de Santa Engracia y recorrer al galope algunas calles, fueron frenados en la plaza del Portillo por grupos de mujeres armadas solamente con cuchillos, tijeras y armas arrebatadas a los combatientes muertos, e incluso en la lucha cuerpo a cuerpo dentro de los propios domicilios, en la que utilizaron utensilios de cocina, piedras o cualquier cosa con la que causar daño al enemigo. En retaguardia se unieron para preparar la comida, coser ropas para los combatientes, improvisar vendajes con trozos de sábanas, turnarse en el cuidado de los heridos y enfermos para descargar de trabajo al agobiado personal del Hospital; tras su destrucción, muchos de los que hubieron de ser trasladados a otras ubicaciones, quedaron exclusivamente a cargo de estos grupos de mujeres, en muchas ocasiones sin otra supervisión sanitaria.

Entre ellas, mención aparte merece la Madre Rafols, superiora de las Hermanas de la Caridad, su valor y su compromiso le llevaron a presentarse ante el mariscal Lannes para solicitarle ayuda en forma de alimentos y medicinas para tratar a los enfermos a su cargo. Este acto impresionó al mariscal que no solo le proporcionó lo que solicitaba, sino que además le entregó un salvoconducto que le permitía salir de la ciudad y atravesar las líneas francesas.

Por este motivo fue represaliada por Fernando VII que la recluyó en prisión por supuesta colaboración con los invasores, olvidando su abnegación en el cuidado de los enfermos y heridos y los riesgos que hubo de asumir para lograr unas medicinas que escaseaban en Zaragoza y que eran vitales para evitar el fallecimiento de numerosos pacientes ingresados en diversos domicilios. Años después, su imagen fue rehabilitada.

Pecaría de injusto si omitiese a la condesa de Bureta, que puso a disposición de Palafox su casa y sus criados, arengando a los combatientes y recorriendo el frente para colaborar en la atención de los heridos, o a Casta Álvarez, que no dudó en colocar una bayoneta en el extremo de una vara y usándola a modo de lanza, acudir a los baluartes a luchar junto a sus paisanos.

También los niños y ancianos participaron, en la medida de sus posibilidades, tanto en la retirada de cadáveres, como en la limpieza de es-

combros de las calles, como en la construcción de barricadas; desde las terrazas, balcones y tejados, vigilaban los movimientos del enemigo, y cuando avanzaban al pie de los edificios, desde estas alturas les arrojaban todo tipo de materiales a su alcance.

La asistencia sanitaria en primera línea estaba a cargo de practicantes y cirujanos no médicos (ambos antecedentes del practicante, que después pasó a denominarse A.T.S. y con el correr del tiempo, diplomado en Enfermería); a su cargo estaba la limpieza y primeras curas de las heridas, la hemostasia o el taponamiento de las que lo requiriesen y disponer la evacuación, en las mejores condiciones posibles, hasta los puestos avanzados de segunda línea, donde ya se realizaba el triaje de los que debían ser remitidos al hospital para su ingreso o los que, tras una cura, podían regresar a las posiciones para proseguir el combate. Estos profesionales lograron un alto reconocimiento a su labor, que muchos pagaron con su vida; el rescate de los heridos bajo una cortina de fuego se hacía muy peligrosa, muchos camilleros eran alcanzados por las balas o por la metralla y hubieron de ser los propios practicantes quienes se ocupasen también de las salidas a campo abierto, ya que todos los combatientes eran necesarios en sus puestos.

Los médicos, tanto los militares como los adscritos al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, se vieron desbordados por la ingente cantidad de heridos que continuamente llegaban, viéndose su labor seriamente comprometida cuando las bombas alcanzaron el hospital y fue preciso improvisar centros asistenciales. La declaración de la epidemia les costó la vida a numerosos de ellos, que sufrieron el contagio en su contacto directo con los pacientes infectados y llegó un momento en que ya resultó imposible suplir a los que iban muriendo o enfermando, quedando descubiertas grandes áreas sanitarias. En los últimos momentos resultaba imposible ya incluso retirar los cadáveres de las calles, que se transformaban en nuevos focos de contagio, favoreciendo la extensión de la enfermedad prácticamente por toda la ciudad.

Ese aparente desprecio por la muerte, al que el general Lannes se refiere en sus escritos, podría entroncar con la actitud con que se enfrentaban al tormento aquellos primeros cristianos, parece casual que algunos de los más crueles combates tuviesen lugar precisamente en la puerta de Santa Engracia, próxima al monasterio donde se hallaban sepultados los restos de la santa y los de los primeros mártires zaragozanos.

Conforme la situación se va complicando cada vez más, los elementos del imaginario van perdiendo fuerza entre la población agotada. Se hace necesario encontrar una figura más cercana, un ser de carne y hue-

so que pueda elevar el espíritu combativo de los zaragozanos. El episodio de Agustina de Aragón, que además culmina con la retirada de los franceses, reúne todas las condiciones y su autora se transforma rápidamente en símbolo, pasa a formar parte del mito y se integra ella también en el imaginario. Desde ese mismo momento adquiere proyección hacia el futuro; años, siglos después, la memoria de los zaragozanos y aún de todos los españoles, conservará la memoria de lo ocurrido.

El hecho reúne las condiciones para serlo, una mujer, considerada como el sexo débil por la sociedad de la época, es capaz de una acción heroica, muy por encima de lo esperado de ella. Además esa acción desequilibra el resultado de una batalla claramente perdida hasta ese momento, deteniéndose la entrada de los invasores y poniéndolos en fuga.

Otras acciones igualmente heroicas fueron eclipsadas por ésta y dos hechos simbólicos de singular importancia, tienen lugar un tiempo después, ambos pioneros en la historia española; dos mujeres, la Virgen del Pilar y Agustina de Aragón, reciben honores militares y son admitidas en el ejército con diferente graduación, Capitana Generala y sargento de artillería, respectivamente.

Todo el episodio de la resistencia a los franceses pasó a integrarse en el imaginario de generaciones futuras y el hecho concreto del disparo del cañón por Agustina, en su cúlmen.

Los hechos adversos tienden a ser minimizados (errores estratégicos de Palafox, insubordinaciones, obstinación por mantener la defensa cuando ya estaba todo perdido, permitir fallecimientos en masa por la epidemia mientras escaseaban los defensores, las provisiones e incluso armas y municiones...).

La memoria solamente fija determinados hechos, en palabras de Le Goff, es selectiva, permitiendo solamente el almacenamiento de lo que no pueda alterar el equilibrio interno del individuo (por eso solemos decir que cualquier tiempo pasado fue mejor, nos quedan los buenos recuerdos y hemos olvidado los malos); sin embargo, los numerosos escritos de uno u otro bando que han llegado hasta nosotros, nos permiten contrastar las diferentes versiones y dar un toque de objetividad al relato.

La población se muestra mordaz con los franceses, aparecen coplas de contenido satírico tratando de ridiculizarlos y otras con la finalidad de enardecer al pueblo; jotas destacando el apoyo de la Virgen del Pilar, cantos de corro contra los «gabachos», incluso simulaciones o ejecuciones simbólicas (se ahorca un muñeco que aparenta ser Napoleón en pleno Coso).



Agustina de Aragón, estatua que corona el monumento de la Plaza del Portillo, la heroína, con casaca de sargento de Artillería, posa sobre los restos de un cañón.

Las banderas ganadas a los franceses se pasean triunfalmente por las calles para enardecer a la multitud y luego se ofrecen a la Virgen del Pilar, otorgándoles un valor totémico: con su captura se ha privado al enemigo de su guía en el combate, de la representación simbólica de su país e incluso de su identidad.

El odio, la ira concentrada se dirige hacia el francés y lo francés, convirtiéndoles en sinónimo del mal; su emperador Napoleón es comparado con el mismo demonio.

Errores propios, como la explosión del polvorín ubicado en el Real Seminario de San Carlos a causa de la chispa de un cigarro, son atribuidos a infiltrados, espías o afrancesados, que suelen provocar una desesperada caza de brujas en la que en ocasiones pagan justos por pecadores.

Se profundiza el abismo entre «nosotros» y «el otro», el que está enfrente, a quien se culpa de todas las desventuras. La supervivencia del

«nosotros» implica la destrucción de «el otro», ya que ambos son incompatibles.

Da igual que poco tiempo antes españoles y franceses hayan sido aliados contra los ingleses, da igual que los ejércitos napoleónicos se hayan paseado libremente hace unos años por España y por su litoral, la batalla de Trafalgar y la derrota de los aliados a manos del inglés, no se olvida. A pesar de todo, no se duda en abrir las puertas a los ingleses que vienen a luchar contra Napoleón, aunque sus verdaderas intenciones sean poco claras y además mantengan en su poder Gibraltar; la ambigüedad de las alianzas refleja la inseguridad de los diferentes gobiernos hispanos, que se decantan a un lado o a otro sin un criterio definido.

Tras la capitulación, los franceses celebran su victoria en el reducto simbólico de los zaragozanos, en el propio templo de El Pilar, proclamando de este modo no solo su victoria material, sino la conquista espiritual. La Virgen que ha escuchado los ruegos y las plegarias de los sitiados, recibe ahora el agradecimiento de los sitiadores y en el Te Deum que se canta el 4 de marzo de 1809, se encuentra presente el mariscal Lannes junto con su estado mayor, mientras preside los actos el obispo auxiliar de Zaragoza, el P. Santander, acusado por sus conciudadanos de afrancesado.

Los cinco años siguientes, de dominio francés bajo la administración del general Suchet, se dedicaron a la reconstrucción y el saneamiento de la ciudad, en la que se realizaron importantes obras de infraestructura, especialmente en el campo sanitario, reedificándose los hospitales y abriéndose nuevos cementerios. Se proyecta una nueva ciudad con amplias avenidas, jardines e importantes construcciones, aunque el acoso a que permanentemente se vieron sometidas las fuerzas francesas y los importantes recursos que hubieron de dedicarse al mantenimiento de la lucha en el resto de Aragón, mermó mucho las posibilidades de llevarlo a cabo. La vida ciudadana se regularizó, volvieron a aprovisionarse el mercado y los comercios y poco a poco la población fue recuperando la calma. La tan temida represión religiosa no se llevó a efecto, solamente Boggiero y Sas fueron ejecutados incumpliendo el acuerdo de la capitulación, por el cual se garantizaba la seguridad del clero, y el culto fue restablecido en las iglesias conforme fueron reparadas de los daños sufridos durante los bombardeos.

También en el aspecto simbólico se produjo la colonización de Zaragoza, que vio sus calles llenas de águilas imperiales y banderas tricolores, especialmente en las celebraciones de las victorias napoleónicas, el cumpleaños del emperador o cualquier otro acto oficial cuyo protocolo así lo dispusiese.

Mientras todos estos hechos ocurrían en España, Fernando VII y su padre permanecen en Bayona ajenos a todo cuanto acontece en el país. ¿Realmente están secuestrados como piensa el pueblo?, ¿o acaso rehúyen sus responsabilidades como sostienen los franceses?. ¿La abdicación en Napoleón fue forzada?, ¿fue voluntaria y luego se arrepintieron? (muy posible por la indecisión que ambos demostraron a la hora de tomar decisiones de importancia).

Son demasiadas incógnitas, demasiadas preguntas sin respuesta, aunque los combatientes no se cuestionan en ningún momento sus firmes convicciones, la meta de restaurar la monarquía borbónica, centra todos sus afanes; el monarca es visto como la solución a todos los problemas, problemas que tienen su génesis en tiempos ya pasados y que la incompetencia de los gobernantes que se han turnado en la dirección de los destinos de España, no ha hecho más que ahondar.

Lejanos quedan los tiempos del imperio, se han perdido todas las posesiones en Flandes, en Nápoles, y peligran seriamente las ubicadas en América, la riqueza extraída de allende los mares, ha sido robada por el camino, hundida en el océano o dilapidada en guerras inútiles o en fastos cortesanos injustificables. El país, uno de los más poderosos del mundo a comienzos del siglo XVI, se encuentra en esos momentos en la ruina, la población pasa hambre y resulta complicado cubrir las necesidades más básicas; la flota ha sido destrozada en Trafalgar y los ejércitos, mal equipados y escasos de pertrechos, sobreviven a pesar de la escuálida paga; muchos oficiales han sido ascendidos por amiguismos o por el nepotismo de los gobernantes, de modo que su preparación táctica es deficiente y los políticos, más preocupados por medrar personalmente, se despreocupan de la situación, cuidando exclusivamente de que su imagen pública no resulte dañada por los escándalos que se suceden en el mundo de los negocios o de las finanzas.

Esa es la situación que el pueblo espera que cambie con la llegada de Fernando VII.

CONCLUSIONES

El proceso de creación y renovación del imaginario colectivo, nos ofrece en las líneas precedentes una serie de ejemplos prácticos; difícilmente puede seguirse en detalle la transformación de una persona de carne y hueso en mito viviente (es más frecuente que esta transformación se produzca tras la muerte e idealización de sus virtudes y capacidades).

El afán de la sociedad por mantener la memoria de estos seres privilegiados, hace que se reflejen sus gestas en la literatura épica y son numerosos los romances dedicados a los Sitios y a sus esforzados defensores. La representación del hecho concreto, ya sea en pinturas, grabados o tallas, inmortaliza a sus protagonistas al tiempo que transmite a generaciones venideras la hazaña congelada en un lienzo, en un tronco de madera o en un bloque de bronce o de piedra. Cuando estos bloques de piedra o de bronce son expuestos a la contemplación pública, generalmente en un lugar relacionado con el motivo representado, adquieren la consideración superior de monumento, ya no son un simple recuerdo, son el homenaje que el pueblo les rinde, la trascendencia de su ejemplar actuación para conocimiento y ejemplo de generaciones venideras; dicho en otras palabras, han sobrepasado la línea de la inmortalidad para integrarse en la mitología popular.

Las ideas abstractas, las representaciones, los símbolos, se transforman en alegorías, en figuras dotadas de significado y en nuestro deambular por las calles de la Zaragoza actual, ante nuestros ojos se van desgranando los episodios de aquella lucha desigual en la que nuestros antepasados dieron todo lo que poseían, incluso la vida, por la defensa de un ideal.



Mujeres arrastrando un cañón, fragmento del monumento ubicado en el centro de la plaza de los Sitios; fue importante la aportación de las mujeres a la defensa de Zaragoza y así se hace constar en diversos lugares. Este grupo refleja con inusitado realismo la tensión mezclada con la rabia y el odio a los invasores. Sus caras nos resultan desconocidas, sus nombres quizá hayan sido olvidados, pero quien pase por esta plaza siempre conservará el recuerdo de su gesta.

La plaza del Portillo, el Pilar, el puente de Piedra, el antiguo convento de San Lázaro, la plaza de los Sitios, la calle de Palomar, el convento de San Agustín, la glorieta de Sasera... cientos de lugares proclaman la gesta y en esas representaciones alegóricas, junto a los protagonistas de la lucha aparecen también una serie de sujetos anónimos cuya participación fue indispensable, pero que no han tenido la fortuna de pasar a la posteridad. Ellos se ven reflejados en muchas de esas figuras impersonales que acompañan a los héroes o a las heroínas; esos hombres y mujeres de Zaragoza cuyo nombre posiblemente haya caído en el olvido, pero cuya imagen permanecerá siempre en la memoria porque han dejado de ser humanos para convertirse ellos también en parte del imaginario colectivo de los actuales habitantes de la ciudad.

Nota: Todas las fotografías utilizadas en el presente trabajo han sido obtenidas por el autor del mismo en el mes de octubre de 2008, bicentenario del período inter-sitios.

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA Y RECOMENDADA

- ALCALDE IBIECA, A., *Historia de los Dos Sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, dos tomos y suplemento, más la *Fe de Erratas y Correcciones* de García Marín, F. Edición facsímil de las de 1830, 1831 y 1834 realizada por la DGA, Zaragoza, 1989.
- BADA, J., *Prácticas simbólicas y vida cotidiana*, Edit. DGA, Zaragoza, 1995.
- BAYOD PALLARÉS, R., *El reino de Aragón durante el «Gobierno Intruso» de los Napoleón*, Edit. Librería General, Colección Aragón, Zaragoza, 1979.
- BOURDIEU, P. y PASSERON, J. C., *Mitosociología*, Edit. Fontanella, Barcelona, 1975.
- CASAMAYOR, F., *Diario de los Sitios de Zaragoza*, Edit. Comuniter, Zaragoza, 2000.
- CIRLOT, J. E., *Diccionario de Símbolos*, 7ª edición, Edit. Labor, Barcelona, 1988.
- CORRAL, J. L., *Independencia*, Edit. Edhasa, Barcelona, 2008.
- DÍAZ-PLAJA, F., *La Guerra de la Independencia*, Edit. Planeta, Barcelona, 1994.
- ELÍADE, M., *Mito y realidad*, Edit. Labor, Barcelona, 1981.
- FRAZER, J., *La rama dorada*, Edit. F.C.E., Madrid, 1991.
- GELLA ITURRIAGA, J., *Romancero Aragonés*, Edit. Ebro, Zaragoza, 1972.
- LALANA F. y ALMÁRCEGUI J. M., *1808, Los cañones de Zaragoza*, Edit. Santillana Ediciones Generales, Madrid, 2007.
- LE GOOF, J., *El orden de la memoria*, Edit. Paidós, Barcelona, 1991.
- MADRE CASORRÁN, J. (Editor), *Estampas de los Sitios de Zaragoza*, Zaragoza, 2007.
- MAFFESOLI, M., *El conocimiento ordinario*, Edit. F.C.E., México, 1992.

- RINCÓN GARCÍA, W., *La Zaragoza de los Sitios*, Edit. Fundación 2008, Zaragoza, 2008.
- SPENCE, L., *Introducción a la Mitología*, Edit. M.E. Editores, Madrid, 1997.
- TURNER, V., *El proceso ritual*, Edit. Taurus, Madrid, 1988.
- VV.AA., *El Pilar Desconocido*, Edit. Heraldo de Aragón, Zaragoza, 2006.
- VV.AA., *Los Sitios de Zaragoza 1808-1809*, Edit. Heraldo de Aragón, Zaragoza, 2008.
- VV.AA., *Romancero de los Sitios de Zaragoza, tomos I y II*, Edit. El Día de Aragón, Zaragoza, 1986.